

Antes del *prompt*: conocimiento, criterio y documentación en el uso profesional de la IA

.....

| Por la traductora pública Silvana Debonis

La inteligencia artificial (IA) generativa se presenta como una herramienta que responde casi a cualquier instrucción: resumir, explicar, comparar, reformular, detectar incoherencias, proponer alternativas. En segundos devuelve algo fluido y estructurado que, con frecuencia, parece suficiente. Esa facilidad es parte de su atractivo y, al mismo tiempo, parte del problema.

En el trabajo profesional con textos, y en traducción en particular, la pregunta relevante no es qué puede hacer la IA, sino qué sabemos pedirle, con qué información la orientamos y cómo evaluamos lo que produce. Dicho de otro modo: no importa tanto cómo se formula el *prompt*, sino qué hay detrás de él.

Un *prompt* es la instrucción que le damos a un sistema de IA generativa. Puede ser una pregunta, una orden, un fragmento de texto, una serie de condiciones o una combinación de todo eso. A partir de esas instrucciones, los modelos actuales generan explicaciones, resúmenes, reformulaciones, cuadros de análisis, borradores de trabajo¹. Lo hacen con una fluidez que impresiona, y ahí está precisamente el riesgo: una respuesta fluida puede parecer suficiente aunque no lo sea. Un *prompt* útil parte de una idea clara sobre lo que se quiere lograr; si ese objetivo no está definido, la IA igual produce una respuesta, pero no necesariamente una respuesta útil.

Hace un tiempo que la expresión *prompt engineering* circula como si fuera la llave maestra para trabajar con IA: proliferan cursos, guías y promesas de productividad construidas sobre la idea de que, si aprendemos a dar la instrucción correcta, la herramienta hará el trabajo por nosotros. Aprender a formular instrucciones tiene valor, claro, y algunas guías técnicas insisten con razón en dar instrucciones claras, aportar contexto e incluir ejemplos cuando corresponde². El problema aparece cuando el *prompt* se convierte en una receta separada del conocimiento profesional, como si la forma de preguntar pudiera compensar la falta de comprensión del texto, del área temática, del cliente o de la finalidad del encargo. Sin ese conocimiento previo, ninguna técnica de *prompting* resuelve el problema de fondo.

En traducción lo sabemos bien: sin conocimiento previo no hay buen trabajo, con IA o sin ella. Investigar un tema antes de aceptar un encargo, armar un glosario preliminar, detectar incongruencias terminológicas, preparar preguntas para el cliente, identificar zonas de riesgo en un documento especializado: todo eso es trabajo donde la herramienta puede colaborar y donde la colaboración solo funciona si quien la conduce sabe qué está buscando.

No es lo mismo escribir «prepara un glosario de este texto» que pedir «identifica los términos especializados del texto, distingue entre términos técnicos, institucionales y de uso general,

¹ <https://platform.openai.com/docs/guides/text>

² <https://learn.microsoft.com/en-us/azure/ai-services/openai/concepts/prompt-engineering>



señala cuáles parecen tener un equivalente consolidado en español, cuáles admiten más de una traducción posible y cuáles conviene verificar en fuentes especializadas antes de fijarlos en el glosario». La segunda instrucción produce algo más útil porque hay criterio profesional detrás. Quien la formula sabe que un glosario no es una lista de palabras difíciles, sino una herramienta de control terminológico. No todos los términos tienen el mismo peso, no todos se validan del mismo modo y no toda traducción plausible debe convertirse automáticamente en equivalente preferente.

La IA produce texto aunque no sepa exactamente qué se le está pidiendo. Si la instrucción es vaga o el problema está mal formulado, la IA está entrenada para completar los vacíos con algo que suene razonable, sin advertir que falta contexto. En ámbitos especializados, eso puede ser insuficiente o directamente incorrecto.

Hay algo incómodo en esto: cuanto menos sabemos de un tema, más fácil es quedar conformes con la respuesta. La IA explica con fluidez temas jurídicos, médicos o financieros, pero esa fluidez no garantiza exactitud ni adecuación al caso concreto. Quien no conoce el campo no tiene manera de detectar que una clasificación es demasiado general, que una lista de términos mezcla registros incompatibles o que dos conceptos presentados como equivalentes no lo son. La herramienta puede ser muy útil para entrar en un tema, ordenar conceptos

o comparar definiciones, pero hay una distancia real entre usarla como punto de partida y tratarla como autoridad. Esta segunda opción puede llevar el trabajo en una dirección equivocada sin que nadie lo note a tiempo.

La clave no está en formular el *prompt* perfecto, sino en haber pensado el encargo antes de escribirlo.

La documentación es parte central de ese proceso, y los traductores conocemos bien esta lógica: antes de resolver un texto, consultamos glosarios, memorias de traducción, legislación, manuales, textos anteriores del cliente, normas de estilo, bases terminológicas, corpus especializados, documentos paralelos. No trabajamos desde el vacío. Por lo tanto, tampoco deberíamos usar la IA desde el vacío.

Hay un concepto que se escucha cada vez más en el mundo de la IA y que resulta útil conocer: RAG, sigla en inglés de *retrieval augmented generation*, traducido como *generación aumentada por recuperación*. En términos simples, se trata de combinar un modelo generativo con información externa seleccionada para que la respuesta no dependa solo de los patrones del entrenamiento general. IBM explica que el RAG conecta modelos generativos con bases de conocimiento externas para producir respuestas más pertinentes³. Google Cloud presenta el RAG como una forma de combinar modelos de lenguaje con información recuperada de fuentes externas para mejorar los resultados⁴.

Para los traductores, la idea es menos novedosa de lo que parece, ya que trabajar con documentación pertinente es algo que ya hacemos. La diferencia es que en un flujo con RAG la herramienta no responde desde el conocimiento general adquirido durante su entrenamiento, sino que recupera información de un conjunto definido de fuentes, tales como una memoria de traducción, una base

³ <https://www.ibm.com/think/topics/retrieval-augmented-generation>

⁴ <https://research.ibm.com/blog/retrieval-augmented-generation-RAG>



terminológica, textos anteriores del mismo cliente, manuales internos, legislación aplicable, corpus especializados.

Esto cambia el tipo de ayuda que podemos pedir. En lugar de pedirle «revisa esta traducción» o «busca el equivalente de este término», se trata de pedirle que trabaje con documentación concreta como punto de referencia. Si un cliente lleva años usando una terminología institucional específica, una consulta con RAG puede recuperar cómo se tradujo una expresión en contratos anteriores, qué variantes aparecieron y cuál se consolidó como la forma preferida. La herramienta no inventa una equivalencia desde cero: recupera antecedentes para que el traductor decida.

Pensemos en un término como *equity*. Preguntarle a la IA «¿cómo traduzco *equity*?» es casi inútil: la respuesta va a enumerar opciones tales como *patrimonio neto*, *capital*, *equidad*, *acciones*, *participación*, etcétera, sin poder elegir, porque la elección depende del contexto, del cliente y de cómo se tradujo ese mismo término en documentos anteriores. En cambio, una consulta orientada a la documentación del cliente puede recuperar cómo apareció *equity* en contratos previos, en qué secciones, con qué variantes, y qué forma se consolidó como preferida. En estos casos, la herramienta no decide. Se limita a organizar antecedentes para que sea el traductor quien toma la decisión en función de algo concreto en la mano. Lo mismo vale para detectar incongruencias terminológicas en una revisión, verificar que una cláusula respeta los

modelos aprobados por el cliente o controlar que las denominaciones de un texto técnico coincidan con el glosario validado. En todos esos casos, la IA funciona como una capa adicional de control documental.

Pero el RAG no convierte automáticamente a la IA en una fuente confiable. La calidad de la respuesta depende de la calidad del material recuperado. Si la base documental está desactualizada, contiene errores, mezcla clientes distintos o incluye traducciones sin revisar, el sistema puede devolver algo bien presentado pero mal orientado. En síntesis, el traductor debe saber qué documentos conviene usar, cuáles descartar, qué fuentes tienen autoridad y qué resultados requieren verificación adicional.

El RAG obliga a preguntarse qué corpus estamos usando, qué memoria consideramos válida, qué glosario tiene prioridad, qué textos son comparables y qué evidencia necesitamos para sostener una decisión terminológica o estilística. Para un traductor, esa puede ser una de las aplicaciones más interesantes de la IA, pues potencia la capacidad de buscar, contrastar y justificar decisiones.

La diferencia entre «resuelve esto» y «ayúdame a analizar este material a partir de estas fuentes antes de tomar decisiones» no es menor. En el primer caso, la herramienta decide demasiado. En el segundo, el profesional conduce el proceso.

Orientar bien a la IA obliga a hacer explícitos criterios que muchas veces aplicamos de manera intuitiva. El tono que busca el texto, los términos que no se negocian, el público al que va dirigido, cuánta libertad admite la traducción, las fuentes que tienen autoridad, los riesgos que no pueden pasar desapercibidos: todo eso hay que hacerlo explícito. En ese proceso, la herramienta termina funcionando como un espejo del propio trabajo y nos obliga a articular lo que de otro modo daríamos por sobreentendido.

Revisar una respuesta de IA es más difícil de lo que parece, porque la forma en que están escritas invita a leerlas como si fueran correctas. El problema no suele estar en la superficie; está en lo que la respuesta omite, en la fuente que eligió sin decirlo y en la complejidad que simplificó para que el texto quedara fluido. Hacer esa lectura exige saber exactamente qué se está buscando, y eso no lo da la herramienta.

Los marcos de gestión de riesgos de la IA señalan algo que en traducción ya sabemos de otra manera: el contexto define el control. El NIST (Instituto Nacional de Normas y Tecnología [Estados Unidos]) parte de que los riesgos de la IA se evalúan según el contexto de uso y sus posibles impactos⁵. Si bajamos eso a nuestra tarea, un contrato, una ficha técnica o un texto regulatorio no exigen el mismo tipo de verificación que un folleto institucional, pues los riesgos de un error no son equivalentes. La herramienta puede ser la misma; lo que se controla y cómo, no.

Antes del prompt está el oficio. Ese es el punto que se pierde cuando el *prompting* se vende como la panacea. Resulta paradójico que, cuanto más fácil se vuelve producir texto, más visible se hace la necesidad del conocimiento, de poder definir el problema, orientar el proceso y validar el resultado. La herramienta acelera, sugiere, compara, reformula. Pero hacerse cargo del texto final, reconocer cuándo la respuesta no sirve y saber qué pedir sigue siendo trabajo del traductor.

La IA generativa puede ser una aliada real, pero solo cuando alguien sabe conducirla. Si no tenemos claro para qué la queremos, cualquier respuesta puede parecernos suficiente. Y allí reside el verdadero problema. ■



Alfabetización en IA: una obligación que ya tiene fecha

En la Unión Europea, las obligaciones de alfabetización en IA del Reglamento de Inteligencia Artificial comenzaron a aplicarse el 2 de febrero de 2025. La Comisión Europea define la alfabetización en IA como contar con conocimientos, habilidades y comprensión suficientes para usar sistemas de IA de manera informada, teniendo en cuenta oportunidades, riesgos y posibles daños⁶. El marco es europeo, pero la pregunta que plantea aplica a cualquier profesión basada en lenguaje, información y responsabilidad: usar la IA de manera competente ya no es una opción voluntaria ni una curiosidad tecnológica.

⁵ <https://www.nist.gov/itl/ai-risk-management-framework>

⁶ <https://digital-strategy.ec.europa.eu/es/faqs/ai-literacy-questions-answers>